

LA NUEVA VIDA DE LA CEIBA MUERTA

Mario Javier Pacheco García*

“Frente a las ceibas, árboles sagrados de Cuba y Guatemala, las parejas piden para que su amor sea eterno.”

En la Plaza 29 de Mayo de Ocaña se levantan tres árboles que sobrevivieron el embate de los años y permanecen como testigos mudos del transcurrir de la ciudad, de su bonanza y de sus frustraciones, de guerras y de abrazos. Dos ceibas y un orejero, de cuyo nacimiento existe testimonio escrito en la revista “Renovación” de 1931, con un artículo que dice así:

“Antes del año de 1880, había en la ciudad de Nueva York una pequeña colonia ocañera compuesta por los señores Leonidas Quintero, Pedro Pacheco Peinado, Ricardo Niz, Manuel Belisario Lemus y Manuel Benjamín Pacheco Carvajalino, jóvenes todos que cursaban estudios en distintos planteles de educación de la gran metrópoli norteamericana. Era su acudiente don Pacho Duque, oriundo de la ciudad de Mompós, en cuya casa solían departir embargados por la nostalgia de la patria ausente y haciendo reminiscencias sobre nuestra ciudad.

Una vez llegado a Ocaña don Manuel Benjamín Pacheco, allá por los años de 1881, inició la plantación de árboles que sirvieran de base a un parque en la Plaza 29 de Mayo, sitio desprovisto del más insignificante arbusto. Como queda dicho, con paciencia benedictina procedió don Manuel Benjamín a construir cercados de alambre de púas para luego colocar en su centro pequeños árboles que hacía regar a costa de su propio peculio.»

En aquella época, la mayoría de las regiones colombianas eran de selva casi virgen, con árboles y plantas de variadísimas especies, por tal motivo consideraban los centenaristas que las plazas debían estar desnudas del abundante elemento verde. Eran lugares de tierra apisonada y llenas de polvo. Manuel Benjamín Pacheco no pensaba como sus contemporáneos y se dedicó con todo empeño a sembrar los árboles. Las risas y las críticas burlonas no se hicieron esperar, y quedaron para la historia en el mismo periódico «Renovación»: donde lo acusaban por “tratar de sembrar un monte en plena plaza”

No obstante, el ocañero se mantuvo y cuando sus pequeños arbolitos comenzaron a crecer, las gentes dejaron sus sarcasmos para colaborar con el cuidado de lo que denominaban “el monte». En un número del periódico “La Probidad” de 1887 se lee:

«Todos debemos ayudar al benemérito Manuel Benjamín Pacheco que no sólo se interesó en fundarlo hace seis años sino que notablemente lo mejoró. Colabore y ayude en el cuidado de los árboles del parque».

La herencia de su constancia son estas dos grandes ceibas y el orejero, árboles corpulentos cuyo tronco difícilmente puede ser rodeado entre tres personas con los brazos extendidos. Uno de ellos, la ceiba del centro, se fue muriendo delante de sus hermanos, primero quedó sin hojas y en junio de 2010, una de sus pesadas ramas cayó en la madrugada sobre una de las bancas metálicas y la hizo pedazos, así que las autoridades consideraron que era peligroso para la vida de los transeúntes y decidieron talarlo de manera drástica. A sus 130 años de existencia, la majestuosa ceiba que murió de pie, quedó convertida en un tronco mútilo, de unos cuatro metros de altura.

Esta ceiba, como sus árboles vecinos era un símbolo de la ciudad, y el alcalde de Ocaña Yebrail Haddad Linero decidió perpetuarla aceptando la propuesta de Yesid Manzano Carrascal para empotrar en el tronco cercenado, una escultura de la virgen de Torcoroma, con una placa que rezará “300 años de razones para seguir fortaleciendo la fe”. Yesid es escultor, dueño de un arte que aprendió al lado de su padre, el también escultor Neftalí Manzano, quien realizó en madera la obra de la Virgen de Torcoroma que en julio de 1986 fue bendecida por Su Santidad Juan Pablo II para que ocupara el espacio que hoy tiene en el altar mayor de la Iglesia de la Torcoroma en Bucaramanga, en el mismo sitio que el Santo Padre celebrara la eucaristía cuando visitó Colombia.

Esta obra dará nueva vida a nuestra ceiba muerta.

@mariojpachecog